

EL MENSAJE DE GIORDANO BRUNO AL MUNDO MODERNO.

Discurso pronunciado en la Sorbona el 15 de junio de 1911.

Más de tres siglos han transcurrido desde el día en que Giordano Bruno dejó oír su voz en la Sorbona de París; no fue, por cierto, en esta magnífica sala donde nos reunimos esta tarde, pero sí es ésta la misma Sorbona de aquella época, donde él tomó la palabra para exponer sus teorías acerca del Universo ilimitado, de la vida universal, de la inmortalidad, o más bien de la eternidad del alma, y de la vida heroica, que conduce a la perfección humana.

Trasladémonos por algunos momentos al siglo XVI. Nos encontramos en 1582. Bruno, escapándose de las manos de la Inquisición, que iba a arrancarle de su convento, a consecuencia de un folleto bastante atrevido, en el que estigmatizaba con mordaz ironía los vicios de los monjes y en el que se levantaba contra algunos de los dogmas de la Iglesia, había dejado los alrededores de Nápoles para dirigirse a Roma. El Papa no le hizo muy buena acogida, y, perseguido por el odio de sus enemigos, habíase refugiado en Nola, pequeña población del Sur de Italia, pasando después a Ginebra. Pero los calvinistas no le recibieron mejor que el Papa, y pronto hubo de romper con ése, sucesor de Calvino. Viendo abierta ante sí la cárcel, salvó las murallas de la ciudad, cuyas puertas habían sido cerradas para él, marchando a Lyon, después a Tolosa y últimamente a París, a donde llegó en 1582.

Desenado difundir sus ideas, solicitó y obtuvo del Rector de la Sorbona permiso para abrir un curso de enseñanza, alcanzando en él un éxito tan considerable, que la Sorbona le ofreció una cátedra de profesor. Pero se presentaba una dificultad, la cual consistía en que a todos los profesores de la Sorbona se les había impuesto la obligación de oír misa, obligación imperiosa en un tiempo en que las calles de la villa se interpelaba a los transeúntes gritándoles: “¡La misa o la muerte!”. Bruno no quería en modo alguno, asistir a esta ceremonia. No pensaba lo mismo que Enrique IV, quien dijo más tarde: “París bien vale una misa.” Amante de la verdad en los actos tanto como en las palabras, mostrábase intransigente en esta cuestión, no queriendo doblar la rodilla allí dónde el corazón nos sentía adoración a la Divinidad. ¿Cómo consentirles, pues, que hablara desde su silla de la Sorbona? Fue necesario reflexionar para salir del apuro, tanto más por cuanto el rey Enrique III se interesaba por el joven italiano, y, por otra parte, los estudiantes, poco sumisos siempre a la autoridad, querían, por encima de todo, asistir en masa a sus lecciones. Su palabra inflamada; su elocuencia fogosa; su ironía, ya alegre, ya mordaz; su satirismo risueño y a veces amargo; su atracción magnética, encantaban a la juventud parisiense. ¿Qué hacer entonces?

El único medio de salir del compromiso era crear para él una cátedra extraordinaria, libre de todas las condiciones que se imponían a los doctores de la Sorbona. Nombrósele, en efecto, profesor extraordinario, y se le concedió permiso para enseñar el sistema de Raimundo Lulio, sistema de lógica y de neumotécnica bastante inocente en apariencia, pero que ofreció horizontes inmensos a Giordano Bruno, para quien la palabra era la materialización del pensamiento; para quien la idea era la creadora, en tanto que la palabra y el objeto son solamente sus criaturas: así Dios, cuando quiso crear el Universo, se manifestó en el Verbo.

Antes de continuar, veamos quién era este Giordano Bruno, ídolo de los estudiantes parisienses y favorito, durante algunos meses, de un rey débil y fanático.

Nació en los alrededores de Nápoles, en la villa de Nola. Esta población, que gozaba antiguamente de gran importancia, fue fundada por los Tyrios; sus habitantes, valientes y guerreros, hicieron retroceder por dos veces las tropas de Aníbal, pero más

tarde cayó en poder de los Godos y los Sarracenos, y cuando nació Giordano Bruno, su hijo más ilustre, hallábase casi en ruinas. Sin embargo, sobre estas ruinas cernóse la sombra augusta de Pitágoras, siendo la villa un baluarte de la filosofía griega, de las ideas de la escuela de Alejandría, de la doctrina neoplatónica, mantenidas siempre en la Italia meridional.

Bajo la Egida de esta filosofía griega, Filippo Bruno, que tomará después el nombre de Giordano, nació rodeado de ilustrados conocedores y amantes del espléndido idealismo de la antigua Grecia.

Su padre era un hombre, frío, fuerte, bien equilibrado y, a veces, demasiado severo, como lo demuestra la siguiente anécdota referida por nuestro filósofo: Una noche, durante la cena, uno de los convidados exclamó gozoso: “Nunca me he sentido tan alegre como lo estoy en este momento.” “Jamás – refunfuñó con dureza el padre de Giordano – te has sentido tan bestia como en este momento.”

Su madre era una mujer dulce y piadosa, cuyo deseo más vivo era ver entrar a su hijo en una Orden monástica.

De estos dos caracteres tan distintos y opuestos en todo, nació aquel hombre de fuego, aquel caballero errante de la ciencia, de alma ardiente, espíritu sutil y orgulloso, orador inspirado, escritor que escribe como habla, arrebatado a veces por la ola de una elocuencia desbordada, de fatal facilidad; aquél a quien Hegel llama “el cometa que brilla a través de Europa” y a quien Benson califica más tarde de “esplendor de una vida abrasada”.

Los deseos de la madre fueron escuchados: el joven Bruno, a los quince años de edad, repleto ya de las ideas de Pitágoras, de Plotino y de Proclo, entró en un convento de dominicos. Los monjes, encantados de su precoz talento, diéronle el nombre de Giordano, o sea el de sucesor de Santo Domingo. Así dio él primeros pasos en el camino que debía después conducirle a la hoguera en el Campo de las Flores, de Roma.

¿Pobre madre! Como apacible llueca que ha incubado un huevo de águila, quedó embobaba al ver a su hijuelo remontarse a las nubes, cuando lo que esperaba era un polluelo que picotease en la arena; había querido hacer un sacerdote y se encontraba con un hombre de ciencia; habiendo creído dar nacimiento a un santo, veía que había parido un héroe, un mártir. Pero el destino fue bello para el héroe, si no para la madre. “El resplandor de la hoguera donde montó Bruno el 17 de febrero de 1600 dijo muy bien Bartholomess, uno de sus biógrafos – se confunde con la aurora de la ciencia actual.” Y nada más justo que esta apreciación. Las llamas que devoraron su cuerpo vivo, convirtieron se en los primeros rayos del sol de la libertad del pensamiento que hoy brilla sobre Europa. Para comprender a Bruno, para hacerse cargo de la pasión, del ardor con que predicaba la ciencia, conviene echar una ojeada sobre la Europa de aquel tiempo.

En el reino del pensamiento las naciones estaban dominadas por la cosmología de los judíos, por la ciencia de Aristóteles. Aristóteles era el hijo adoptivo del Cristianismo; él imperaba igualmente en Roma y en Ginebra. La tierra permanecía inmóvil; el sol erraba en el espacio; la tierra era el centro del Universo. Sobre esta tierra un dios había agonizado; todo había sido creado para el hombre, el sol, la luna, los astros; más allá de las estrellas fijas é inmutables, en la bóveda azulada del cielo, se hallaba el trono de Dios, el reino de los santos y de los ángeles; encima, el cielo con sus delicias; abajo, el infierno con sus tormentos; el Universo era pequeño, estrecho, limitado por horizontes visibles. Y doce años antes del nacimiento de Bruno, Copérnico, próximo ya a morir, había dado al mundo su libro revolucionario.

Nosotros, que desde nuestra niñez vivimos en un universo ilimitado, no podemos imaginar el error, el trastorno de las ideas, cuando nuestra tierra fue lanzada, como una

peonza, en el vacío de los espacios sin límites; el hombre quedó anonadado ante el espectáculo de esta naturaleza que de la noche a la mañana aparecía gigantesca, aplastante; aterrorizado como un niño que viera en el crepúsculo de la tarde alguna sombra amenazadora, refugióse en el seno de su madre, la Iglesia, para ocultar su turbación y calmar sus temores.

Fue sobre nuestra Europa, aún dominada por Aristóteles pero ya trastornada por Copérnico, donde se arrojó Bruno, lleno de las ideas de Pitágoras, reforzadas por la doctrina de Copérnico, pues los dos enseñaban el movimiento de la tierra, la estabilidad de las estrellas, y Copérnico había, en verdad, resucitado la más antigua ciencia, aquella que Aristóteles había desterrado.

Estas ideas, innatas en Bruno, después de una larga serie de vidas, en las que había conocido el alma encarnada en Pitágoras, estallaron en él con ímpetu irresistible cuando abrió el libro de Copérnico. Entonces comenzó una crisis terrible para la ciencia y para la Religión, que necesariamente había de ser fatal a una y a otra. Las nuevas ideas amenazaban a la Humanidad con una caída espantosa. “¿Cómo es esto? - se oía por todas partes -; el hombre, que es el rey de la creación, ¿no es más que un ser pequeño, insignificante, un átomo, un grano de arena en el desierto de un universo sin límites? La dignidad, la moral, la grandeza del alma humana quedaban destruidas por esta nueva ciencia. Todo caía en ruinas en torno de una iglesia asombrada, y el Cristianismo, por intuición, oponíanse a esta doctrina con los medios más extremados.

Giordano Bruno, por el contrario, consideraba de modo muy diferente el problema planteado en el siglo XVI, de las relaciones entre Dios, el Universo ilimitado y el hombre. “¡Ah! - Exclamaba a su vez, lleno de fervor triunfante y gozoso -. ¡La tierra gira con sus habitantes en el espacio infinito! ¡Las esferas son innumerables! ¡La vida, por doquier, se encarna en formas, pues la vida es universal y por todas partes crea seres vivientes; esta vida universal, infinita, es el Ser universal, es quien llamamos Dios! ¡Mundos y más mundos por doquier! ¡En todas partes seres vivientes! La muerte podrá disipar el cuerpo, pero no puede tocar la vida. El cuerpo sólo es útil cuando sirve de instrumento a una vida noble, amante y heroica, digna de ser una partícula de la vida universal o divina. Por lo tanto, el miedo, la mentira, la bajeza, he aquí las sombras de la vida; la deshonra, en conclusión, es peor que la muerte, porque la deshonra mancha la vida, en tanto que la muerte sólo destruye los cuerpos.”

He, pues aquí la nueva base moral que Giordano Bruno ofreció al Cristianismo: la inmanencia de Dios, es decir, la vida universal animando todos los cuerpos; la eternidad del alma, puesto que ella, en su naturaleza, es idéntica a la vida universal y, basándose en estos dos hechos naturales, científicos, la vida heroica, el culto a lo verdadero y a lo bello, por ser ésta la única vida digna de la vida eterna que habita el cuerpo.

Esta es la tesis que Giordano Bruno sostenía en todos los países cultos de Europa, en todas las Universidades que le abrieron sus puertas, en todos los Centros del pensamiento. Ella le dio su fuego, su elocuencia, su ardor en la palabra, porque para él la ciencia no era un conocimiento árido y estéril, sino una religión inspirada y fecunda. Él amaba y predicaba la ciencia con un ímpetu, un entusiasmo y un fuego indescriptibles; él era su apóstol y fue su mártir, porque para él la ciencia era el ocultismo, es decir, el estudio del pensamiento divino encarnado en las formas. Así, observando los objetos, se puede leer el lenguaje de la *Naturaleza* y conocer los pensamientos de Dios.

Pero el Cristianismo rehusó aceptar semejante tesis. De haber podido captarla, no hubiera entablado entre la ciencia y la Religión la encarnizada guerra que ha durado hasta nuestros días. ¡Pobre orador! Con tus palabras de fuego no pudiste inflamar los

corazones duros y fríos como las piedras; no pudiste más que encender la hoguera cuyas llamas redujeron a cenizas tu cuerpo, de que ninguna de sus partículas subsistiese sobre la tierra y fuera él a buscar en el vacío del espacio las tierras pobladas de que había hablado.

Pero las palabras retumban a través de las edades: “Saber morir en un siglo, es vivir en todos los venideros.” La tesis repudiada en el siglo XVI es reclamada por el presente; el mensaje de Bruno, ahogado por el humo de la hoguera, es el mensaje que necesita el mundo actual. Sus libros figuran en el Índice, pero sus ideas se extienden hoy por Europa, siendo ellas lo que se llama la Teosofía.

Para estudiar este mensaje tomaré las propias palabras de Bruno, a fin de que no creáis que desnaturalizo su pensamiento.

Bruno fue un autor fecundo que escribió en latín y en italiano, hallándose en ésta, su lengua materna, sus obras más importantes; a los ojos de la Iglesia no fue tal vez uno de sus menores defectos el de tratar sus ideas filosóficas en un idioma popular y para el pueblo, pues la filosofía, cuando es herética, debe encubrirse con el velo del latín y no exponerse en medio de la calle en el lenguaje que el vulgo pueda comprender. Giordano Bruno usaba su lengua materna para esparcir sus doctrinas en el corazón del pueblo.

Tres de sus obras son las que principalmente nos interesan en este momento, o sean las que Bruno califica de: “Las columnas de mi sistema”, “Las bases del edificio entero de nuestra filosofía”. Las dos primeras, verdaderamente filosóficas, se titulan: *Della causa, principio et uno* y *Dell’infinito, universo é mundi*. En estas obras es donde se encuentra la exposición completa de la doctrina de este gran filósofo. La tercera contiene la aplicación a la vida de esta doctrina, lleva por título *Gli heroici furori* y describe su ideal.

He aquí cómo se expresa Giordano Bruno:

“Si la tierra no permanece inmóvil en el centro del mundo, entonces el Universo no tiene centro ni límites; entonces el infinito es ya una realidad en la creación visible, en la inmensidad de los espacios celestes; entonces, en fin, el conjunto indefinido de los seres forma una unidad ilimitada, producida y sostenida por la Unidad primitiva, por la causa de las causas”, o sea, en términos menos filosóficos: esta unidad de vida es la base de la Humanidad, de los seres, y la inmanencia de Dios es la base de la solidaridad de los hombres.

El desarrollo de estas ideas, que algunas veces es oscuro en el texto, hace que aparezcan más confusas todavía en las traducciones, por no haber siempre penetrado el sentido del autor; pero el concepto primitivo, fundamental, aparece claro: Una existencia ilimitada, inteligente, la conciencia universal; esta existencia es el todo, sin excepción; todo existe en ella, no solamente lo actual, es decir, el Universo que es, si no todas las posibilidades realizadas o no realizadas, todos los universos del pasado y del porvenir. Esta existencia lo contiene todo, todo sale de ella y a ella vuelve; y añadía Bruno, recordando un versículo del Nuevo Testamento: “Verdaderamente está bien dicho que en Él vivimos, nos movemos y somos”. Y todavía se le condenó a la hoguera por ateo.

Esta existencia se manifiesta en tres hipóstasis o modos, siendo la primera el pensamiento. Este pensamiento es la substancia del Universo. “El acto del divino pensamiento – dice Giordano Bruno – es la substancia de las cosas”; él es la base de todas las existencias particulares.

La filosofía de Bruno se da la mano, en suma, con la doctrina de la *Vendanta*, para que la que el Universo no es más que un pensamiento de Dios, y todas las cosas fuera de la realidad, es decir, de Dios, son pasajeras.

Así, pues, establece el pensamiento, que es la substancia, y en esta substancia dos elementos: el espíritu y la materia.

El primero de estos elementos o sea el espíritu, es el elemento positivo, formador, principio de la forma; él lo hace todo. El segundo, o sea la materia, es el elemento negativo, pasivo, aquel en que todo se convierte.

Estos dos elementos de la filosofía de Giordano Bruno recuerdan todavía otra escuela hinda, la filosofía *Sânkhya*, pero con una diferencia importante.

En la filosofía de Bruno el espíritu y la materia aparecen siempre ligados y el Universo existe por estos dos elementos; ambos figuran siempre juntos y forman la Naturaleza, que es la sombra de Dios. En la filosofía *Sânkhya*, por el contrario el espíritu desempeña, ciertamente, un papel muy importante, puesto que sin él nada existiría, pero obra sobre la materia a la manera que el imán sobre las partículas de hierro. El espíritu reflejado en la materia es la fuerza, mas él permanece siempre aparte, como “testigo”, como “espectador”, y la energía y la materia crean juntas todos los objetos.

Reconoceréis, tal vez, aquí algunas de las ideas de Haeckel, quien, en realidad, aunque inconscientemente, es un discípulo de esta escuela *Sânkhya*. Él pensaba que la fuerza y la materia juntas pueden crear el Universo.

Para Bruno el espíritu está siempre allí, no como testigo, sino como actor, pues lo considera, como ya se ha dicho, el principio de la forma. “Un solo espíritu – dice – penetra todos los cuerpos, y no existe un solo cuerpo, por ínfimo que sea, que no pueda contener una parte de la substancia divina y vivificante.” “Nada puede existir – añade – fuera de este ambiente divino.”

El segundo elemento, la materia, es pasivo; considerada en su totalidad, la materia es una; ella es la mónada primitiva, en la que el espíritu engendra innumerables cuerpos, y cada mónada contiene en sí todas las posibilidades de la evolución. Bruno dice que es necesario considerar la materia como siendo *una*, lo mismo que el espíritu, y he aquí cómo la concibe:

“Del tronco de un árbol –exclama- el arte construye muebles preciosos, que son el ornamento de un palacio magnífico. La Naturaleza nos ofrece análogas metamorfosis: lo que al principio es semilla, se convierte en tallo, después en espiga, en seguida en pan, quilo, sangre, simiente, embrión, hombre, cadáver, y de nuevo en tierra piedra o cualquiera otro cuerpo, y así sucesivamente. Nos encontramos, pues, aquí en presencia de algo que se trueca en todos estos objetos, pero, que sin embargo, permanece siempre el mismo. Todas las formas naturales salen de la materia y a ella vuelen; nada parece constante y digno de llamarse “principio”, como no sea la propia materia.” Aquello que es, aquello que existe, lo que todos los hombres poseen en común, es la materia; ésta es, por lo tanto, un ser, una unidad que produce todos los cuerpos: “El conocimiento de esta unidad es el objeto de toda la filosofía, de todo el estudio de la Naturaleza.”

Si a esto se añade esta otra frase: “Los cuerpos son los verdaderos objetos de conciencia”, se pueden apreciar en Giordano Bruno dos definiciones muy hábiles de la ciencia y de la filosofía.

La ciencia es la observación de los objetos por medio de los sentidos; la filosofía es el conocimiento de la unidad por encima de estos objetos. Cuando se llega a conocer esta unidad, es cuando verdaderamente se es filósofo.

Puesto que el elemento positivo, el espíritu, la inteligencia, obra en la materia desde dentro y no desde fuera, él es la inteligencia de todas las vidas particulares, el alma de cada objeto. He aquí sentado un principio importante. El espíritu universal se individualiza en el alma; él es, verdaderamente, el alma en todos los cuerpos. Así dice

Bruno que el alma es la causa de la armonía de los cuerpos y no el resultado de esta armonía.

Y en esto estriba precisamente la diferencia entre el materialismo y el idealismo.

El materialismo pretende que la coordinación de las partículas de la materia es lo más importante, y que la vida, la inteligencia, provienen de esta coordinación de la materia; el idealismo postula que la vida es el principio formativo, que sus esfuerzos por manifestarse son la causa de aquella coordinación y los que forman los órganos del cuerpo para que puedan servir lo mejor posible a las funciones de la vida.

He aquí marcada la inmensa diferencia existente entre ambos sistemas: en uno la materia lo produce todo; en el otro la vida gobierna a la materia y la organiza para servirse de ella.

Y Giordano Bruno dice que el fin de todo progreso es el perfeccionamiento del alma, porque la vida del alma es la vida del hombre. El pecado para él es negativo, es la ausencia del bien, el bien imperfecto; la muerte es por completo indiferente ya que el cuerpo cambia todos los días. “Los que temen a la muerte son necios, pues el cuerpo cambia todos los días.”

Para él los dos elementos son eternos; la materia, produciendo una sucesión de cuerpos, y el espíritu, que se individualiza en el alma; el alma se desarrolla por la reencarnación en cuerpos cada vez más complejos y perfectos. Y añade él en seguida: “¿Se puede así tener miedo a la muerte?”

Para demostrar la base moral de su filosofía explica la constitución del hombre.

El hombre consta de tres partes, que son como las tres hipóstasis de Dios en el Universo. Él piensa y entonces comparte la substancia divina, que es el pensamiento; esta es la parte superior del hombre, el germen de la divinidad que en él existe. El alma que es el espíritu, el elemento positivo individualizado, se liga por sus poderes superiores al pensamiento, al intelecto, y por sus poderes inferiores se une al cuerpo, que es su criatura. En fin, la tercera parte es el cuerpo formado de materia.

Resumiendo la doctrina de Bruno, los tres elementos que constituyen el hombre son: el pensamiento, que es el más elevado de todos; el alma, entre el pensamiento y el cuerpo, y éste último, formado de la materia. “El cuerpo está en el alma –dice-, el alma no está en el cuerpo; el alma está en el intelecto o pensamiento.” Para Bruno el espíritu es la vida universal, que se individualiza como alma; “el alma está en el intelecto y el intelecto es Dios o está en Dios”, como dijo Plotino.

Así, para Bruno, la forma primitiva del hombre es la divinidad; si el hombre tiene conciencia de su divinidad, puede entonces reconquistar la forma primitiva y elevarse hasta los cielos. “Por el conocimiento de su propia nobleza _dice- es como los hombres pueden readquirir su forma divina.”

La Iglesia decía al hombre: “Tú eres malo, corrompido; para salvarte es indispensable la gracia divina”; y Bruno decía: “Tú eres divino y debes elevarte hasta poner de manifiesto ese Dios que mora perpetuamente en tu corazón.”

Y añade todavía, que el cuerpo es como un navío: el capitán es la voluntad, el timón es la razón; pero alguna vez el capitán duerme, y los marineros –los deseos, los apetitos del cuerpo- se apoderan del timón y la nave zozobra.

Dadas estas condiciones, ¿cómo persuadir al alma de que es noble y laudable elevarse hasta el intelecto y vivir la vida heroica? ¿Cómo incitar al hombre a levantarse por encima del animal, a realizar su divinidad, siendo así que constantemente es atraído por los objetos, por los atractivos de los sentidos?

Bruno responde: “Por el amor de lo bueno y lo verdadero.”

El alma, que anhela los objetos de los sentidos, se liga por este amor al cuerpo; pero el alma que ama la belleza, la bondad y la verdad se une así al Dios increado.

Por lo tanto, la doctrina de Giordano Bruno no contiene ninguna amenaza; él quiere atraer a los hombre y de ningún modo asustarles; no existe para él el infierno y sí sólo la degradación del alma. “El alma –dice- puede rebajarse, lo mismo que elevarse; se puede apreciar por las predilecciones del alma si ella sube hacia los seres divinos o si, por el contrario, desciende hacia la animalidad; el alma humana no puede animar el cuerpo de un animal más que cuando ha dejado de ser humana. El amor puesto en los placeres groseros vuela a la tierra, mas remonta su vuelo hacia las alturas cuando se pone en los placeres nobles.” La mente, que aspira a elevarse, entra en la divinidad teniendo la certidumbre de que Dios está cerca de ella, presente en ella; más presente todavía que el hombre mismo, puesto que Él es el alma de todas las almas, la vida de todas las vidas, la esencia de todas las esencias. Todo lo que vemos a nuestro alrededor es tan divino como nosotros mismos.

He aquí, pues, lo que Bruno dice a los hombre: “Por el amor a la belleza y a la bondad divinas la mente queda arrobada y se convierte en el héroe entusiasta.” Desaparece la tracción hacia los objetos más bajos cuando se ha visto la belleza real y permanente. “El héroe apasionado se eleva por la contemplación de los diversos géneros de la belleza y de la bondad divinas; con las alas de la inteligencia y de la voluntad razonada remóntase hasta la divinidad, dejando atrás los cuerpos de naturaleza inferior”.

Giordano Bruno describe en seguida lo que él entiende por el héroe. “Hállanse presente en el cuerpo, de un modo, que la mejor parte de sí mismo está fuera de aquél; por un sacramento indisoluble está unido a las cosas divinas y no experimenta amor ni odio por las que son pasajeras; siéntese señor de su cuerpo; sabe que no debe ser el esclavo, pues el cuerpo es para él la prisión, en la que su libertad está cargada de hierros que le retienen, cadenas que le atan las manos, ligaduras que le aprietan los pies y velos que le ciegan los ojos; él no quiere ser esclavo, prisionero, cautivo, encadenado, perezoso, estúpido, ciego, pues el cuerpo que él rechaza no puede tiranizarle. De este modo, el espíritu domina al cuerpo y la materia es sometida a Dios y a la naturaleza; así él se hace fuerte contra el destino, magnánimo con las injurias animoso ante la pobreza, la enfermedad y la persecución”. Este es el ideal de la vida heroica, tal como Bruno lo comprende.

Una objeción se presenta: no todos los hombres pueden ser heroicos; ¿cómo se elevarán los que no pueden escalar estas encumbradas cimas?

“Basta - responde él - con que cada uno se esfuerce todo lo posible, pues la naturaleza heroica revela su dignidad al caer o fracasar dignamente en una noble empresa, aún más que obteniendo completa victoria en otra menos grande y noble.”

El mensaje de Giordano Bruno que he tratado de exponer, dirígese no sólo a los individuos, sino también a las naciones, pues existe un alma de la nación, como existe la del individuo; para una como para la otra, el pensamiento es el instrumento de progreso; para ambas, la persecución de un ideal noble y elevado transforma la vida de una vida grande y heroica.

Más en las naciones, como entre los individuos, es necesario escoger entre el animal y Dios. El alma es libre para hacer lo que quiera: puede descender al cieno, al barro, de donde ha salido; podemos convertirnos en salvajes, hasta en animales, o bien podemos, poco a poco, subir hacia aquellas elevadas cimas donde el Dios increado se manifiesta al mundo; podemos alcanzar, tratar de alcanzar las alturas donde se respira un ambiente delicioso, o podemos ahogarnos en las cavernas del fondo de la tierra; nuestro destino hállase en nuestras manos y depende de que seamos el dueño o el esclavo de nuestro cuerpo.

Este cuerpo es un instrumento excelente, magnífico, más con una condición: que sea realmente el instrumento y no el amo. Escoged, pues. Sed el señor o sed el esclavo.

Escoged, no solamente para vosotros, sino también para vuestra nación. Francia, en el fondo de su corazón, es idealista. Durante largos años ha profesado, en apariencia, ideas materialistas, pero ya empieza a despertar de este sueño; comienza a comprender que la belleza, mas no a revolcarse en el cieno, y que el objetivo de los individuos, como de las naciones, es levarse siempre y no descender. Yo os lo repito: escoged entre los dos caminos que tenéis ante vosotros, mas tened bien presente que una vez hecha la elección, debéis aceptar el resultado, que es su consecuencia ineludible.

Annie Besant.

www.upasika.com